

PSICOLOGÍA

Psicología de la comunicación

M. Dolors Girbau Massana



PSICOLOGÍA

Psicología de la comunicación

M. Dolors Girbau Massana

1.^a edición en esta presentación: junio de 2014
edición anterior: mayo de 2002

© 2002, M. Dolors Girbau Massana

Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo:
© 1992 y 2014: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN 978-84-344-1855-4
Depósito legal: B. 10.869-2014
Impreso en España por Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO 1

COMUNICACIÓN, LENGUAJE Y COGNICIÓN: CONCEPTOS BÁSICOS

Nadie discute hoy en día la relación existente entre la comunicación, el lenguaje y los procesos cognitivos, temática de vital importancia desde la psicología. En este capítulo se abordará explícitamente la interrelación de la comunicación y el lenguaje, considerada una cuestión nuclear, por lo cual recibirá una mayor amplitud. Seguidamente, se analizará el papel de la cultura en la configuración de la comunicación tanto a nivel no verbal como verbal —mediante una lengua determinada—. Ello permitirá ya adentrarse en los conceptos individuales de habilidades comunicativas y lingüísticas, así como en los procesos cognitivos propios de la comunicación.

1. La comunicación y el lenguaje

Si por algo se caracterizan los fenómenos de la comunicación y el lenguaje es precisamente por su estrecha y compleja interrelación (Shatz, 1983). De hecho, cualquier definición de lenguaje debe incluir una función comunicativa, y es igualmente imposible definir la comunicación sin referirse a un componente lingüístico (Ellis, 1992). No obstante, según el mismo autor, es la comunicación la que proporciona el marco de referencia más general, siendo el lenguaje el que está al servicio de la comunicación.

Esta importancia del fenómeno comunicativo viene complementada por la extendida idea sobre la imposibilidad de no comunicar (Ellis y Beattie, 1986; Neuliep, 1996; Menéndez, 1988a; Watzlawick, Beavin-Bavelas y Jackson, 1967/1995). Este principio fue impulsado por el Grupo de Palo Alto, surgido en los años sesenta bajo la dirección de Watzlawick. Según dicha concepción, actividad o inactividad, palabras o silencio tienen siempre valor de mensaje; o sea, influyen sobre los demás, quienes, a su vez, no pueden dejar de responder a tales comunicaciones y, por ende, también comunican.

El carácter genérico de tal conceptualización deja un tanto al margen la intencionalidad comunicativa del sujeto, aspecto que sí incluyen otras definiciones. Pero tal inclusión les ha valido, por contra, el calificati-

vo de restrictivas y desafortunadas, especialmente para su uso en situaciones como el estudio de los dos primeros años de vida (Holdgrafer y Dunst, 1986). De acuerdo con los autores, dicha limitada conceptualización excluye la conducta preintencional temprana infantil, que tiene un claro impacto comunicativo en los otros.

Un planteamiento algo distinto es el de Bierwisch (1980) (cf. Shatz, 1983), que parece apostar por mantener lenguaje y comunicación separados basándose en las tres razones siguientes: *a*) hay usos del lenguaje que no son comunicativos, *b*) hay casos de comunicación que no son lingüísticos, y *c*) las reglas subyacentes a las facetas lingüística y comunicativa de la comunicación verbal difieren. Sin duda, la restricción o amplitud en las definiciones de los respectivos términos es decisiva en la concepción del grado de relación entre ambos fenómenos.

Nos encontramos, pues, ante un objeto de estudio amplio y de difícil delimitación. El propio término lenguaje ha recibido múltiples definiciones, entre las que destacan algunas por su conceptualización genérica. En esta línea, Hierro S. Pescador (1986) define el lenguaje como una pluralidad de signos de la misma naturaleza, cuya función primaria es la comunicación entre organismos. Según esta visión, el lenguaje no sería privativo de la especie humana, aunque, obviamente, el lenguaje humano constituye una forma particular notablemente refinada, dentro de este sistema general que es el lenguaje (Akmajian, Demers y Harnish, 1995).

El lenguaje es, pues, un sistema de comunicación (Paivio y Begg, 1981). Pero pese a la antigüedad del fenómeno comunicativo, persiste el desacuerdo sobre cómo definirlo. En 1972, Dance y Larson (cf. Trenholm y Jensen, 1996) efectuaron una revisión sobre las definiciones del término comunicación hallando 126 en total, cifra que sin duda se ha visto incrementada hasta la fecha. Ello pone de manifiesto los muchos enfoques existentes al respecto, cada uno de los cuales enfatiza distintos aspectos del proceso comunicativo. Así por ejemplo, según de Vito (1991), la comunicación es el acto, realizado por una o más personas, de enviar y recibir mensajes distorsionados por el ruido, que ocurre dentro de un contexto, que tiene algún efecto (de tipo cognitivo, afectivo o psicomotor) y que permite la retroalimentación (*feedback*).

El mismo autor se refiere a lo que denomina universales de la comunicación, o sea, a los elementos presentes en cada acto comunicativo independientemente de si éste es intrapersonal, interpersonal, efectuado en pequeño grupo, etc. Al respecto, es ya clásico el modelo de comunicación propuesto por Shannon y Weaver (1949), que, desde el enfoque de la ingeniería (centrada en el diseño de instrumentos para comunicar), concibe la comunicación como un sistema cuyas partes están especializadas en la transmisión de información, tal como se esquematiza en la figura 1.1 (cf. Paivio y Begg, 1981). En un sistema de comunicación existe, pues, una *fuentes* de información (p. ej., un hablante) y un *destino* (p. ej., un oyente) conectados mediante un *canal* capaz de conducir los mensajes desde dicha fuente hasta el destino. Además, el sistema requiere un *transmisor* que transforme el

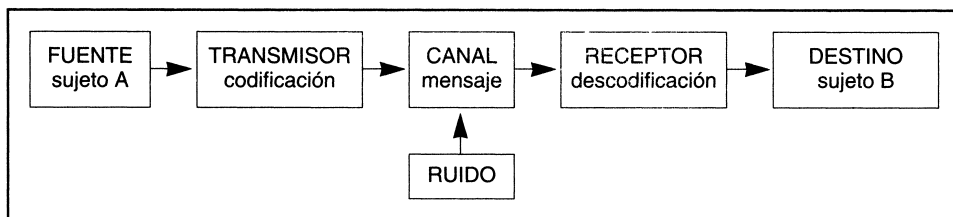


FIG. 1.1. *Modelo lineal de comunicación* (Shannon y Weaver, 1949).

mensaje producido por la fuente en señales que el canal pueda llevar (codificación) y un *receptor* que transforme dichas señales en una forma que el destino pueda aceptar (descodificación). La forma de la señal transportada por el canal sería, pues, el código de información. Finalmente, el *ruido* (elemento distorsionador) se refiere a las fuentes de error en la comunicación de mensajes, que suelen producirse en el canal pero también durante la codificación y descodificación.

Sin duda alguna, este modelo lineal, pese a tener cierta utilidad por su carácter genérico, omitió dos elementos que posteriormente se revelaron como de gran importancia en el proceso comunicativo: el contexto y la retroalimentación. Probablemente por ello se propusieron los denominados *modelos contextualizados* (p. ej., Dimpleby y Burton, 1990), consistentes en un modelo lineal de comunicación con contexto y retroalimentación. De un modo afín, se habla del *modelo de proceso interactivo* (p. ej., Berko, Rosenfeld y Samovar, 1997). En la figura 1.2, se esboza un esquema representativo de ambos modelos, con la introducción de ligeras modificaciones para su unificación y empleando la última terminología citada. Obsérvese que esta conceptualización considera dicho fenómeno como un proceso de dos direcciones, de modo que el mensaje enviado obtiene una respuesta.

El *contexto*, pues, siempre afecta al acto comunicativo, el cual diferirá, por ejemplo, dependiendo de si dicho contexto es formal o informal. Respecto a la *retroalimentación*, cabe matizar que, cuando ocurre, o sea, cuando el receptor retorna al emisor una información relativa al mensaje, dicho receptor pasa a adoptar el rol de emisor, mientras que el emisor inicial se convierte en receptor. De esta manera, en el curso de un proceso comunicativo se van alternando en cada uno de los individuos implicados (*interlocutores*) las funciones de emisor y receptor.

Por último, al considerar el mensaje no debe olvidarse el concepto de *referente*, que podría definirse como la información a comunicar relativa a un objeto, acontecimiento o abstracción, o sea, aquello sobre lo cual se comunica (Porter, 1982). No en vano, de entre las funciones de la comunicación, el estudio de la función referencial ha sido objeto de gran interés en las últimas décadas.

Tanto el lenguaje como la comunicación son materia de estudio de la *psicolingüística* o *psicología del lenguaje*, términos utilizados como sinónimos hoy en día. Dicha disciplina se constituye entre la psicología y la lin-

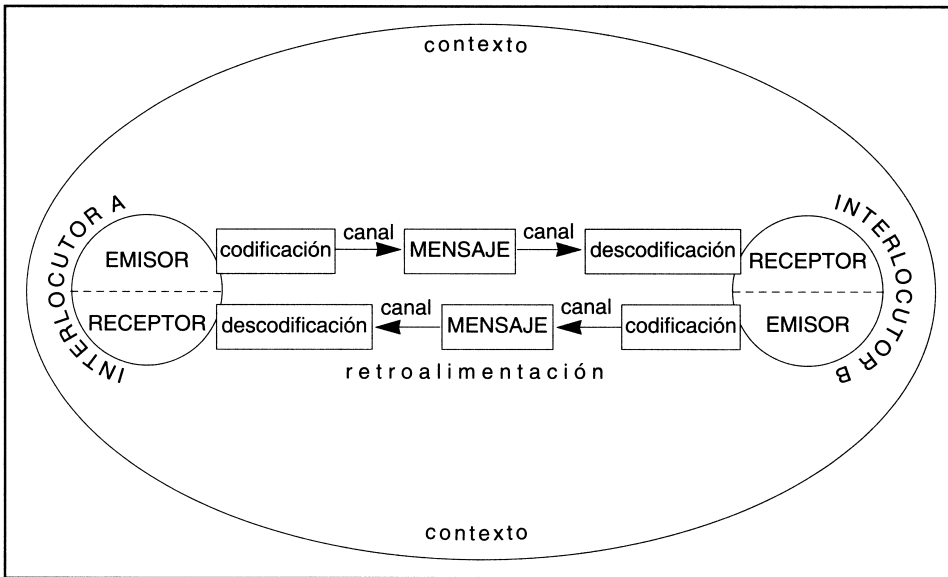


FIG. 1.2. *Modelo comunicativo contextualizado o de proceso interactivo.*

güística a modo de unión interdisciplinar. Tradicionalmente, la lingüística, o estudio del lenguaje como sistema formal, se ocupó de la fonología, semántica y morfosintaxis (cf. Taylor y Taylor, 1990). A finales de los años sesenta, se amplió el objeto de dicha disciplina mediante la inclusión de la pragmática lingüística, cuyo interés se centra en estudiar el uso del lenguaje y no exclusivamente en el lenguaje como producto final (Mey, 1994). La pragmática sería, pues, la teoría de la comunicación lingüística (Fraser, 1993), aspecto que interesó ya a autores tan clásicos en la psicología como Piaget y Vygotsky. También contribuyó a su fundación el citado Grupo de Palo Alto —influido por las ideas del antropólogo G. Bateson—, el cual, constituido por psicoterapeutas, investigaba los efectos conductuales de la comunicación humana especialmente respecto a las psicopatologías (cf. Neuliep, 1996). Según Jacobs y Jucker (1995), hoy en día la pragmática es uno de los campos más activos y prolíficos de la lingüística, siendo uno de sus principales objetivos el estudio de la comunicación y de los procesos cognitivos humanos que la hacen posible.

La mencionada omisión histórica respecto a la pragmática sorprende actualmente, dado que la principal función del lenguaje, al menos para un psicólogo, es prioritariamente la comunicación, siendo las formas gramaticales sólo un medio para asegurar la eficacia comunicativa (Boada, 1991). Contrariamente a la creencia popular, pues, la comunicación no se logra mediante el mero intercambio de expresiones simbólicas, sino que la comunicación es la interpretación correcta por parte del receptor de la

intención del emisor al efectuar un acto lingüístico (Green, 1989). Según Ellis (1992), la principal causa de que la comunicación haya sido erróneamente ignorada estriba en su mayor complejidad, ya que es más dependiente del contexto, del significado y de los mecanismos cognitivos y perceptivos individuales que cualquier otra área lingüística. En este sentido, por ejemplo, y de acuerdo con Akmajian *et al.* (1995), el significado de una expresión vendrá determinado por el uso del lenguaje, de manera que la pragmática aportará, entre otros, los fundamentos de la semántica.

Precisamente, la amplitud del objeto que ocupa a la psicología del lenguaje como disciplina se traduce en una gran diversidad de definiciones. Una de las primeras definiciones fue la de Osgood y Sebeok (1954/1974), para quienes la psicolingüística trata directamente de los procesos de codificación y descodificación en cuanto que relacionan estados de mensajes con estados de comunicantes. Cabe destacar al respecto que dicha publicación marcó un hito en los inicios de la psicolingüística (Mayor, 1991).

Más recientemente se han establecido una serie de definiciones de psicolingüística que guardan cierta afinidad. Así, Harris y Coltheart (1986) (cf. Valle Arroyo, 1991) consideran que el objeto de la psicolingüística es ocuparse de cómo el ser humano comprende y produce el lenguaje, es decir, de los procesos implicados en el uso del lenguaje. Otra definición a destacar es la de Taylor y Taylor (1990), para quienes la psicolingüística es el estudio de la conducta lingüística, o sea, de cómo las personas reales (más que ideales) aprenden y usan el lenguaje para comunicar ideas. Finalmente, Valle Arroyo (1991) concibe la psicolingüística como una rama de la psicología cuyo objeto es estudiar el uso del lenguaje, o sea, cómo utilizamos esos conocimientos que supuestamente todos poseemos sobre nuestro idioma materno y qué actividades mentales se ponen en juego al hablar, escuchar, leer y escribir.

En un intento por aunar diversas definiciones, Belinchón, Rivière e Igoa (1992) establecen tres amplios núcleos de objetivos en la psicología del lenguaje: *a)* el estudio de las actividades de comprensión y producción del lenguaje en los monólogos y las conversaciones, así como en las distintas modalidades del lenguaje (verbal, no verbal, etc.); *b)* el estudio de las funciones cognitivas y comunicativas, entre otras, que desempeña el lenguaje y/o que sirven de soporte a su adquisición y uso, y *c)* el estudio de los procesos de adquisición y deterioro de las diferentes funciones y modalidades de la actividad lingüística, o sea, el estudio del lenguaje en sus aspectos evolutivos y patológicos.

A un nivel superior se situaría la psicología de la comunicación, considerando que la comunicación es un fenómeno más amplio que el lenguaje. Evidentemente, las ciencias de la comunicación se caracterizan por una gran amplitud, con lo cual es inviable incluir dentro de la psicología todo lo que configura la comunicación (Verón, 1976). La psicología de la comunicación estudia la relación de la comunicación con el individuo, a diferencia de la sociología que analiza el impacto de la comunicación en la sociedad.

2. La comunicación, la cultura y la lengua

Tal como se ha comentado, el contexto juega un importante papel en el proceso comunicativo, contexto que a un nivel más general se concreta en lo que se denomina cultura. Según Trenholm y Jensen (1996), la cultura es un conjunto de valores y creencias, normas y costumbres, reglas y códigos que socialmente definen grupos de personas, uniéndolas entre sí y confiriéndoles un sentido de comunidad.

De entre estos vínculos de unión, uno de los que más fácilmente nos permite identificar la cultura a que pertenece un individuo es su lengua de uso. Una definición clásica al respecto es la efectuada por De Saussure (1916/1983), quien estableció la distinción entre lengua y habla como los dos elementos que constituyen el estudio del lenguaje. Su concepción establece que la *lengua*, parte esencial de dicho estudio, es social en su esencia e independiente del individuo, mientras que el *habla*, secundaria en tal estudio, tiene por objeto la parte individual del lenguaje. Pero pese a su diferenciación el autor reconoce una interdependencia entre ambas, puesto que la lengua es a la vez el instrumento y el producto del habla.

Cabe mencionar que su visión restrictiva de la lingüística, muy centrada en los aspectos fonológicos, desencadenó diversas críticas, especialmente originadas con la emergencia de la sociolingüística durante la década de los cincuenta (Argente, 1992). Los principales objetivos de ésta, de acuerdo con el autor citado, son los siguientes: *a*) descubrir y describir la variación inherente en la lengua de una comunidad de hablantes o en su repertorio verbal; *b*) identificar las variantes lingüísticas presentes en una comunidad y sus modos de hablar al usar variables específicas, y *c*) establecer las reglas sociolingüísticas y las reglas comunicativas que guían el uso lingüístico en una comunidad. Por su parte, Fishman y Giles (1978) (Fernández-Dols, 1988) definen la sociolingüística como una gama de temas relacionados con la organización social de la conducta lingüística, incluyendo el uso del lenguaje en sí mismo además de las actitudes y la conducta hacia un lenguaje y sus usuarios.

Esta diversidad lingüística del contexto influirá en el logro comunicativo, puesto que está presente no sólo en las comunidades multilingües, sino también en las monolingües, caracterizadas por lo que Labov (1969) denominó «variación inherente», causada por la ubicación geográfica, clase social, etc. (cf. Argente, 1992; Ellis y Beattie, 1986). Con ello entraríamos ya en los conceptos de subcultura y sublengua (De Vito, 1991). Estos dos términos están relacionados también con el carácter dinámico de la propia cultura, en constante transformación, que reconocen numerosos autores (Bruner, 1984; Cole, 1994; De Vito, 1991).

Complementariamente a tal dinamismo, Cole (1994) plantea una concepción de la cultura enmarcada en la teoría de la cognición humana dentro de la disciplina de la comunicación. Así, la cultura estaría constituida por lo que denomina utensilios o artefactos (*artifacts*), que son los remanentes de la actividad humana anterior, cuya estructuración se rige

por principios multiformes que permiten la diferenciación individual. Para este autor, la cultura sería un instrumento o constreñimiento de la acción, que puede desencadenar una variedad, aparentemente infinita, de patrones de pensamiento humano y acción. En definitiva, pues, la comunicación es un proceso cognitivo mediatizado culturalmente.

Finalmente, cabe mencionar el auge del estudio de la comunicación intercultural, concebida como la comunicación entre personas de distintas culturas, las cuales, por tanto, tienen diferentes valores, creencias, formas de comportarse y de comunicarse (De Vito, 1991). Según este autor, dicho incremento se debe a que hoy en día la comunicación intercultural es más importante y vital que en cualquier otro momento histórico, debido a factores tecnológicos, sociales, económicos, etc. En su opinión, uno de sus principales obstáculos es el denominado etnocentrismo, que es la tendencia a evaluar los valores, creencias y conductas de la propia cultura como más positivos, lógicos y naturales que los de otras culturas, visión que debería reemplazarse por una concepción igualitaria de las culturas y sus individuos.

Complementariamente, son ya clásicas las teorías sobre determinismo lingüístico, según las cuales las lenguas difieren radicalmente entre sí en su representación de la realidad, siendo imposible para los usuarios de distintas lenguas tener un visión idéntica del mundo (Adler y Rodman, 1997). En esta línea se sitúa el *relativismo lingüístico*, una forma moderada de *determinismo lingüístico* (según éste, el lenguaje no sólo influye en el pensamiento, sino que determina dicho pensamiento). Respecto a aquél, suelen utilizarse las expresiones terminológicas *principio de relativismo lingüístico* o bien *hipótesis Sapir-Whorf* en alusión a los dos autores (Sapir y Whorf) que impulsaron dicho tipo de estudios. Según estos autores, los recursos conceptuales dependen significativamente de los modos de conversación que se hayan adquirido en el curso de la socialización (Lee, 1996). Así pues, los observadores de una misma realidad física llegarán a diferentes marcos conceptuales o visiones del universo en función de sus distintas lenguas o educaciones (*backgrounds*) lingüísticas. Según Whorf (1940a, 1940b) (cf. Lee, 1996), el procesamiento conceptual varía en función de la lengua particular que conoce la persona.

Considerar esto es importante cuando se analiza la adaptación intercultural, la cual ocurre en y mediante la comunicación (Kim, 1988). No en vano las posibilidades de fracaso comunicativo debidas a las diferencias culturales entre los interlocutores, poseedores de distintas reglas y estilos comunicativos, han sido objeto de estudio reiteradamente (cf. Gallois, Giles, Jones, Cargile y Ota, 1995).

Es evidente, pues, que lengua y cultura tienen un importante peso en la comunicación, incluyendo aspectos concretos como el significado referencial, en el sentido de que ante iguales referentes sujetos de culturas diferentes comunican también de un modo distinto (Dickson, Miyake y Muto, 1977). Las investigaciones transculturales también muestran diferencias culturales en la comunicación no verbal, en cuestiones como el

contacto físico (cf. Cooper, 1987), pese a que algunos autores hablan también de un factor genético que, unido a la cultura, determinaría, por ejemplo, las expresiones faciales de la emoción (cf. Knapp y Hall, 1997). En definitiva, cultura y comunicación son inseparables, puesto que las personas adquieren su cultura mediante diversos canales comunicativos y expresan su cultura a través de dichos canales (Berko *et al.*, 1997).

3. Las habilidades comunicativas y lingüísticas

Obviamente, la sensibilidad a las normas y valores culturales puede mejorar nuestra competencia comunicativa, a la vez que su ignorancia puede conducir a un fracaso en las interacciones (Trenholm y Jensen, 1996). La citada competencia comunicativa es definida por estos autores como la capacidad de comunicar con eficacia personal y adecuación social. Según esta visión, la competencia comunicativa se compone de dos niveles: *a*) un nivel superficial denominado competencia de actuación (*performative competence*), consistente en las conductas comunicativas observables, y *b*) un nivel profundo denominado competencia procesual (*process competence*), constituido por toda la actividad cognitiva y conocimiento necesarios para generar una actuación adecuada.

Las habilidades comunicativas requieren la intervención de ambos niveles, puesto que deberán estar disponibles en el sujeto y puestas en práctica en el momento adecuado, razón por la cual hay quien utiliza tal término como sinónimo de competencia comunicativa (p. ej., Dickson, 1978/1981a). Según Dimbleby y Burton (1990), una habilidad comunicativa es una capacidad de utilizar los recursos de comunicación eficazmente con respecto a las necesidades de los sujetos implicados. Por lo tanto, dichas habilidades tienen un carácter específico (Trenholm y Jensen, 1996; Wieman y Backlund, 1980), siendo obviamente desarrolladas mediante la práctica (Goss, 1995; Gronbeck, McKerrow, Ehninger y Monroe, 1990; Hurst, 1996).

El término habilidades comunicativas se refiere tanto a la comunicación no verbal como a la verbal, aspectos que también son considerados en el concepto de estilo comunicativo. Según Norton (1983) (cf. Trenholm y Jensen, 1996), el estilo comunicativo es la manera en que uno interactúa a nivel verbal, no verbal y paraverbal —rasgos de voz como el tono, la intensidad, etc.—, para indicar cómo el significado literal debería ser recibido, filtrado, interpretado o comprendido. El autor habla también de un perfil de estilo (*style profile*), consistente en una combinación de estilos comunicativos que una misma persona suele utilizar.

Precisamente, en la década de los ochenta, se incrementó —en el marco de los estudios sobre adquisición lingüística— el interés en torno a la transición de la comunicación preverbal a la verbal (Smith y Von Tetzchner, 1986). De acuerdo con los investigadores, aunque la primera anteceda a la segunda evolutivamente es incierto si mantienen una relación causal

en su desarrollo. En su opinión, parece que el dominio adecuado de las habilidades lingüísticas requiere muchas habilidades, incluyendo aquellas que contribuyen a la competencia comunicativa. Un estudio más reciente (Ulvund y Smith, 1996) concluye que ciertas habilidades comunicativas no verbales tempranas están consistentemente relacionadas con determinadas habilidades lingüísticas hasta los 5 años de edad, especialmente respecto a la habilidad comunicativa de atención compartida.

Por otra parte, un mayor desarrollo de las habilidades lingüísticas parece conllevar mejores habilidades comunicativas expresivas y receptivas, dado que el lenguaje es un instrumento de comunicación (Capp, Capp y Capp, 1990). Ello incluye, por ejemplo, tener unos niveles de vocabulario y gramática adecuados, así como saber utilizarlos correctamente para comunicar nuestras ideas y sentimientos con precisión y claridad, tanto en el plano oral como escrito. Al respecto, el estilo comunicativo oral es más directo, informal y repetitivo que el escrito. Sin embargo, hablante y oyente experimentan una limitación temporal, que no sufren escritor y lector dada la permanente disponibilidad del texto, con lo cual las habilidades comunicativas orales exigen una mayor rapidez de procesamiento.

4. Los procesos cognitivos en la comunicación

Diversos autores conciben la comunicación como un proceso, en el sentido de que no es estática, sino activa y en constante cambio (Dimbleby y Burton, 1990; McPhee, 1995; Trenholm y Jensen, 1996). A su vez, este proceso en curso requiere la intervención de numerosos y diversos procesos cognitivos. Sin embargo, no existe ninguna teoría ni medida unitaria de la competencia o habilidad comunicativa que abarque todos estos procesos implicados en la comunicación (Dickson, 1978/1981*b*). Según Berger (1996), una teoría completa de la comunicación, por ahora inexistente, tendría que constituirse en base a un componente individual y otro social. El componente individual se refiere a los procesos subyacentes a la comunicación, cuyo entendimiento permitiría no sólo un mejor conocimiento del sistema cognitivo humano, sino también sobre cómo los factores sociales interactúan con los factores cognitivos individuales para producir actos comunicativos. Por este doble motivo, el autor destaca la importancia de que el científico siga formulando preguntas acerca de los procesos responsables de la comunicación.

En su análisis de la relación entre cognición y comunicación, Shatz (1983) destaca el papel de la representación mental, así como de los procesos mediante los cuales las representaciones son reunidas para llevar a cabo tareas comunicativas. Así, de entre los múltiples procesos cognitivos intervinientes en la comunicación, Dickson (1978/1981*b*) cita los siguientes: percepción, comparación, procesamiento verbal, capacidad de adaptación, codificación, descodificación, comprensión, formulación de pre-

guntas, reconocimiento, verificación de la comprensión, reformulación, metacomunicación, etc.

Al hablar de tal interrelación, no debe olvidarse la complejidad cognitiva, considerada por múltiples autores, especialmente desde el constructivismo (Adler y Rodman, 1997; Goss, 1995; Kim, 1988; Neuliep, 1996; Spitzberg, 1987; Stamp, Vangelisti y Knapp, 1994). Podría definirse como la capacidad de construir una variedad de marcos distintos para examinar una cuestión determinada (Adler y Rodman, 1997). Según los autores, pertenece a la comunicación en el sentido de que permite utilizar una variedad de perspectivas, dado que la capacidad de analizar la conducta de los otros de distintas formas conduce a una mayor sensibilidad conversacional que incrementa la eficacia comunicativa. Así, se distingue entre sujetos de complejidad cognitiva elevada, o sea, capaces de procesar mucha información a la vez, y de bajo nivel de complejidad en el caso contrario (Goss, 1995).

De especial importancia es el análisis de la relación evolutiva que mantienen cognición y comunicación. Un interesante trabajo al respecto es el de Finch-Williams (1984), quien partiendo de la teoría piagetiana, sintetiza los principales paralelismos existentes entre el desarrollo normal de la cognición y la comunicación en base a numerosos estudios revisados.

Así pues, es indiscutible la interdependencia existente entre lenguaje, comunicación y cognición. Se trata de actividades que se solapan parcialmente e interdependen recíprocamente (Mayor, 1991). Así, por ejemplo, como indica este último autor, el lenguaje es comunicación pero no sólo eso, y a su vez, la comunicación puede ser lingüística pero también no verbal.

Resumen de contenidos

1. *El lenguaje y la comunicación*
 - Concepto de lenguaje.
 - Concepto de comunicación.
 - Elementos y modelos de un sistema de comunicación.
 - La psicología del lenguaje.
 - La psicología de la comunicación.
2. *La cultura, la lengua y la comunicación*
 - Concepto de cultura.
 - Concepto de lengua.
 - La comunicación como proceso mediatizado culturalmente.
 - Concepto de comunicación intercultural e intervención de la lengua.
3. *Las habilidades comunicativas y lingüísticas*
 - Concepto de competencia comunicativa.
 - Concepto de habilidad comunicativa.

- Concepto de estilo comunicativo.
 - Las habilidades lingüísticas: raíces evolutivas y relación con las habilidades comunicativas.
4. *Los procesos cognitivos en la comunicación*
- La comunicación como un proceso.
 - Procesos cognitivos subyacentes a la comunicación.
 - La complejidad cognitiva en la comunicación.
 - Relación evolutiva entre cognición y comunicación.